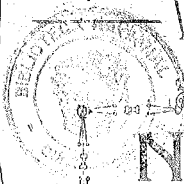


# LA MUJER



REVISTA MENSUAL  
DE LITERATURA Y  
VARIEDADES



Nº 1º

Quito, Abril 15 de 1905.

## SUMARIO:

*Nuestro ideal*, por Zoila Ugarte de Landívar.  
*Los zapatos de boda*, por Mercedes González de Boscó.—*Por la fé*, por Ana María Alborno.—*La jer*, por Josefina Veintemilla.—*En el Nido*, Lastenia Lascrive de Llona.—*Anhelos*, por Isa D. de Espinel.—*¡Fiat tui!*, por Zoila Ugarte Landívar.—*Plogaria*, por Clorinda M. Chilibog.—*Pobre Murial*, por María Natalia Vaca.—*A M. Sánchez Urbina*, por Dolores Suere.—*Inmortalidad*, por Teresa.—*Recuerdos*, por Soledad Vaca.—*Carta á Laura*, por Elisa.—*Varietades*, las editoriales.

Colección completa, consta de 6 números

Imprenta de la Sociedad "Cutenberg", por Francisco E. V.

"La Mujer" — N<sup>o</sup> 4-5 y 6, obsequiados por  
la Seta Corinda Chiriboga

Colección completa N<sup>o</sup> del 1 al 6, empas-  
tada en la Encuadernación Nacional en  
marzo de 1-914 (Dióse el material para este trabajo)

Proprietarios y Directores: Emiliano Altamirano, Luis  
Cascoer y Aureliano Silva H.

ECUADOR

# LA MUJER

Revista Mensual de Literatura y Variedades

AÑO I

QUITO, ABRIL 15 DE 1905

NUMERO 19

## Nuestro ideal

Al bautizar nuestro periódico con el nombre de «La Mujer», manifestamos claramente que es á la bella mitad del género humano á quien lo dedicamos.

La mujer! Hay algo más noble de que ocuparse! Trabajaremos por ella, y para ella.

No pediremos nada que ataque los derechos ajenos; queremos solamente que se la coloque en su puesto ó más bien que se coloque allí, ella misma, por el perfeccionamiento de todas sus facultades.

No os escandalicéis, señores, no vamos á abogar por mujeres como Luisa Michel; nuestra campaña será prudente y razonada, queremos que tengáis en las mujeres colaboradoras inteligentes, compañeras amables, esposas ó hijas seductoras, que os hagan la vida menos difícil.

La ignorancia no es garantía de felicidad, y aunque lo digan, no nos convenceremos jamás, de que la mujer instruída sea incapaz de virtudes domésticas; imposible nos parece, que quien tiene aptitudes para comprender lo abstracto, no pueda ejercer cualquier oficio de aquellos, que no requieren más talento que un poco de voluntad.

Las mujeres como los hombres poseemos un alma consciente, un cerebro pensador, fantasía creadora, más ó menos brillante.

La experiencia diaria nos demuestra que ninguno de nuestros órganos, ni de nuestras facultades, han sido creados sin objeto ¿por qué hemos de dejar estas facultades en la inacción? Desentendernos del perfeccionamiento de la parte más bella de nuestro sér es algo como un crimen de lesa naturaleza, y así lo han entendido los legisladores que, cerrando los oídos á la preocupación común, han dictado leyes favorables, al desarrollo de sus buenas cualidades.

Es demasiado cruel que los egoístas quieran hacer de la mujer un simple biberón humano y nada más humillante, que el destinarla al papel de hembra inconsciente.

La ignorancia femenina es contraproducente para el hombre ¿de quién depende su bienestar desde que nace hasta que muere sino de la mujer? Al abrir los ojos á la luz, su primera mirada es para ella; al cerrarlos para siempre la última imagen que se graba en su pupila es la de ella!

Qué desolado estaría el mundo antes de que Eva lo animara con su presencia! Qué triste sería la vida, si la mujer no la endulzara con sus consuelos.

¿A quién pertenece el niño? Por qué no muere el valetudinario maldiciendo la existencia? ¿Quién restaña la sangre que se vierte en los campos de batalla?

¿Creís posible que este sér privilegiado se humane á verse convertido en cosa? No. la mujer pide su parte de felicidad en la vida así como tiene la suya de dolores; no se resigna á seguirnos cojeando por la senda del progreso, quiere ir apoyada en vuestro brazo, orgullosa y satisfecha de que la consideréis como á vuestra igual.

Un hombre inteligente y de corazón bien puesto, no tiene satisfacción completa en la compañía de una mujer ignorante ó mala, y se puede ser mala por ignorancia.

Qué derecho tenemos para condenarla por sus faltas, si se le cierran las puertas del saber, si no se la educa, si se le quitan los medios para sostenerse sola?

El amor mismo, esa pasión avasalladora y divina, que por lo común impulsa á todo lo noble y bueno, será sacrificado alguna vez por ella, en aras de la conveniencia material; por qué, sino por la costumbre secular de

que sea el hombre el único llamado á cubrir todas sus necesidades?

¿Qué hará la que no se casa y carece de padres, parientes ó amigos que la ayuden? ¿Podrá echársela en cara su vida azarosa tal vez?

Abridle campo para que luche por la existencia y la veréis abnegada, valiente, tenaz, ganar su propio pan ó el de sus hijos.

Si la mujer es frívola, casi tiene derecho á serlo, ¿no es eso lo que se exige de ella? ¿no se la vitupera si por acaso se atreve á pensar en algo serio?

¿Qué educación se la da? ¿Qué senda se la señala? No está obligada como las hetairas griegas á cultivar gracias físicas, para agradar al hombre? Este, por lo común, busca esas gracias pasajeras que marchita la vejez ó las enfermedades: la pobre mujer lo sabe y hace de estas armas su poder, poder efímero, puesto que no se basa en las cualidades del alma que son las únicas duraderas.

La belleza es flor de un día, que desaparece con la edad, la hermosura del alma tiene primavera perpetua.

La mujer toda abnegación, no se reserva nada para sí cuando se consagra al hombre; á éste le toca ayudarla, mejorar su condición, levantarla de la postración en que se halla, hacer obra redentora por la humanidad.

Sabed que es capaz del mismo perfeccionamiento que vosotros, y como esas plantas silvestres que el jardinero inteligente cultiva, haciéndolos producir flores bellísimas y perfumadas por medio de sus cuidados, retribuirá, con usura, las molestias que os toméis por ella.

Si ignorante, sabe seduciros y enloqueceros, la mujer instruida hablará á vuestro corazón, á vuestra alma, á vuestra inteligencia y podréis llamarla sin desdoro vuestra compañera.

Las virtudes ó vicios de la mujer han sido y son leyes para el hombre, tanto en la antigüedad como en nuestros días: Antonio se perdió por Cleopatra, Nelson cometió un crimen, por la más bella de las inglesas; Dante creó á Paolo y Francesca, enloquecido por un amor ideal y la inmortalidad coronó su frente.

Pericles, el sabio Pericles, que dió nombre á su siglo, fué esclavo de Aspasia; Taso y Petrarca se coronaron de laureles, enamorados de mujeres bellísimas.

La mujer es el buen ó mal genio del hombre; si vuestro ídolo puede ser de oro, por qué tenerlo de barro?

Trabajemos por su engrandecimiento y vuestros serán los frutos.

Esta modesta revista que principia sin grandes pretenciones, tiene ese laudable fin; aspira á mejorar la condición del hombre, por medio de la mujer.

En sus columnas encontraréis siempre la honradez, la cultura y la delicadeza, que deben albergarse en corazones femeninos.

ZOLA UGARTE DE LANDÍVAR.



## Los zapatos de boda

(DE «UN LIBRO PARA MI NIETA»)

Grímanesa era una niña inmensamente rica pero sin ningún atractivo físico. Pequeña y mal formada, jamás llamó la atención en el alto círculo que frecuentaba. A pesar de su riqueza, no usaba sino sencillos vestidos de percal, siendo sus joyas las hermosas flores que brotaban bajo su cuidado en el extenso jardín de la casa de sus padres.

En cambio, se complacía en adornar su cuarto de soltera, con mil objetos de arte que probaban su adición á lo bello y los delicados sentimientos de su alma. Muchos y buenos libros en ricas estanterías de nogal, se mezclaban con hermosas estatuas de mármol, bustos de bronce, cuadros de los mejores artistas de la época, jarrones de seves y grandes redomas de cristal que reflejaban los colores del iris. Un magnífico piano con incrustaciones de nácar y magníficas colgaduras de terciopelo y oro, completaban aquella alcoba azul en donde Grímanesa pasaba la mayor parte del día entregada á lecturas serias que á la par que deleitaban su espíritu, robustecían su inteligencia poderosa.

Algunos jóvenes de la nobleza aspiraban á su mano, pero, fuera porque su corazón dormía ó por amor á la vida independiente que llevaba en casa de sus padres, no quiso aceptar á ninguno. En los círculos sociales se murmuraba abiertamente de ella, y sus amigas la tenían por tonta.

Entre ellas tenía Grímanesa una íntima de colegio á la que amaba con ternura. Angela, que así se llamaba, correspondía aquel afecto con toda la sinceridad de su alma noble.

Angela vivía con un hermano suyo, arrogante mancebo de hermoso corazón. Conocía á Grímanesa por haberla visto algunas

vocas en su casa. Al principio, casi no reparó en ella, pero una noche en que rendido por el trabajo se había acostado temprano, oyó parar á la puerta el coche que conducía á Grimanesa á lado de su hermana.

A poco, los acordes de un piano llegaron hasta él y una voz de mujer, dulcísima y vibrante, se elevó al espacio. Era Grimanesa la que cantaba.

Raul sintió algo nuevo y desconocido que le llenaba el pecho.

\* Al día siguiente contó á Angela que amaba á Grimanesa. Angela inclinó tristemente la cabeza. Su amiga era rica y Raul pobre, ¿qué pensaría ella si éste le declaraba su amor?

Pasaron algunos meses. Angela preguntó á su hermano si había olvidado aquel sueño insensato.

Sigo acariciándolo, respondió.

Pues bien, es preciso que sepas que Grimanesa se decide al fin por el matrimonio y que acepta por esposo á un primo suyo llegado recientemente de Europa.

Sabes si le ama?

No, Grimanesa no quiere é nadie.

Y cómo se casará

Cuenta veintidos años y es tiempo de que forme una familia.

En la tarde de aquel día, Grimanesa contaba á Angela sus proyectos de matrimonio.

Pero, es que le amas?

No, Angela mía, me caso porque mis padres lo quieren así. Todavía no es un compromiso, he dicho á mi primo que no me casaré sino me ofrece para la noche de mi boda los zapatos más raros del mundo.

Pero eso es burlarte de él.

No, quiero conocer el alma del que va á ser mi esposo.

Por un zapato?

Si me lo ofrece cargados de pedrería que vaya con la música á otra parte.

—Qué extravagante eres! ¿Y si otro que él te los ofreciera como los deseas?

—Me casaría con ese aunque fuera viejo, tuerto y cojo.

Siguieron conversando en voz baja y Raul no pudo oír una palabra más, ni lo deseaba, había oído lo bastante para conceptuarse dichoso.

Grimanesa no volvió á casa de su amiga.

Los preparativos de su enlace la retenían en la suya. Raul supo por su hermana que el novio estaba seguro de triunfar en toda regla.

En el círculo de familia se había fijado la fecha para la boda: debía efectuarse la noche de Reyes y era ya el último día del año.

Grimanesa estaba triste, veía sin entusiasmo el lujoso equipaje que le preparaban.

El cinco de Enero recibió dos cajas hermosísimas, blancas ambas como copos de nieve. La una de nácar con ensambladuras de oro y plata, la otra hecha de conchas, de las que arroja el mar en sus tormentas á la playa.

Abrió la más valiosa; dentro de ella había un par de zapatos

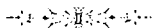
de un valor inmenso pero de pésimo gusto. Lanzó un grito de alegría, el regalo del novio le devolvía la libertad, pues no tenía nada de raro. Sobre raso una cascada de piedras preciosas, he ahí todo. Con mano trémula abrió la de conchas y quedó al sorta ante la obra maestra que guardaba. Eran zapatos en forma de lirios abiertos, con las hojas brillantes de rocío. En el fondo de la caja, una tarjeta con un nombre que ella hacía tiempo guardaba en la memoria y en el corazón: Raul.

Sin vacilar devolvió el presente al que debía ser su esposo y confesó á sus padres su amor al que tan delicadamente le declarara el snyo.

Grimmesa es hoy esposa feliz, su casita está rodeada de blancos lirios y guarda los que decidieron de su destino, como guardan las reinas los hermosos diamantes de su corona.

Cuando las risas de sus hijos llenan de alegría el hogar, dice mirando á Raul con indecible ternura. -Cuánto quiero á los lirios.

MERCEDES G. DE MOSCOSO.



## POR LA FE

Dejad que luzca pura la creencia  
Al menos del hogar en el santuario,  
Y que los corazones generosos  
Veneren las doctrinas del Calvario.

No os olvidéis de que la fe cristiana  
Nos consueta en el valle de la vida;  
Que la mujer, si guarda ese tesoro,  
Es luz del cielo, casta y bendecida.

¿Quién enjuga las lágrimas ardientes  
Del huérfano con mano cariñosa?  
¿Quién de ajeno dolor se compadece?...  
Una alma sólo: la mujer virtuosa.

Lo veis? Perdona con bondad la ofensa  
Y al desvalido mira con ternura;  
Se sacrifica por el bien ajeno  
Y ve un hermano en cada creatura.



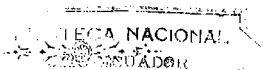
En sus penas, que sufre resignada,  
Levanta al cielo los llorosos ojos:  
Encuentra allí el valor que necesita  
Y ve cambiarse en flores los abrojos.

Reza, sí, la oración, bendito bálsamo,  
Infunde á su alma celestial consuelo,  
Porque halla en Dios la gloria de las glorias  
Y en cumplir su deber pone su anhelo.

Su fe le enseña que ese Dios es justo,  
Que premia al bueno, al malo da castigo;  
Que al huérfano y la viuda no se olvida  
De darles, bondadoso, pan y abrigo.

¡Oh corazones que vivís sumidos  
En medio del dolor y la agonía!  
Rezad, que en la oración el alma encuentra  
La esperanza, la paz y la alegría.

ANA MARÍA ALBORNOZ.



## La Mujer

A la voz poderosa del Señor se ordenó el caos; y surgió de él grande, ordenado, sublime el universo. Luego al impulso de esa misma voz se hizo la luz é iluminó con brillantísimos destellos las bellezas, sin número, con que su mano prepotente ornara el infinito.

Los mil mundos y soles refulgentes que giran en el espacio, la grandeza imponente de los mares, la soberbia majestad de las montañas, los árboles con sus follages y sus frutos, las flores con su admirable variedad de formas y riqueza de colorido, y la variedad inmensa de aves y animales, obra era toda digna de Dios. Pero á este cuadro grandioso, en cuyo fondo rutilaban las estrellas, le faltaba su figura culminante, y apareció el hombre como rey de todo lo creado.

¿Podía, pues, haber belleza comparable con la suya, toda vez que lucía en su frente, como asombrosa irradiación de Dios, la razón: luz excelsa? Sí, junto á él apareció otro ser más débil pero

más perfecto; más humilde pero más noble; era la mujer, la obra final, el complemento de la Creación.

La génesis mitológica de algunos pueblos ha pretendido dar á la mujer un origen inferior al del hombre; pero lo ha pretendido en vano, porque al dotarla de inteligencia el mismo Ser que la formó, quiso hacer de ella su igual, su compañera. Por eso cuando la mujer cometió su primera culpa Dios permitió que el hombre cometiera su primer pecado; y juntos dejaron el Paraíso con el corazón entenebrecido por el dolor y los ojos nublados por las lágrimas. Desde entonces juntos han atravesado las edades, ora resistiendo los grandes torbellinos y procelosas tempestades de la vida, ora sonriendo con placidez, y dejándose llevar por pacíficos temporales.

En efecto, el hombre y la mujer son dos partes igualmente importantes, igualmente necesarias, para la formación de ese sér social fundador de la familia y de la raza.

Es innegable, además, el influjo importantísimo que la mujer ha ejercido y ejerce sobre todos los pueblos y todas las edades, sobre todas las ciencias y todas las artes. Para comprobarlo las páginas más hermosas de la historia nos muestran los nombres de Homero, Horacio, Virgilio, el Dante, Milton, el Tasso y otros poetas gigantes, cuyos cantos sublimes se inspiraron en la mujer ó por la mujer. Fidias, Zeucis, Praxiteles, Apeles, Rafael, Murillo, Miguel Angel, pintores y escultores de genio, que tomando á la mujer por modelo han legado sus estatuas y sus cuadros para la admiración de la posteridad. Y Prach, Haydn, Handel, Mozart, Beethoven, Wagner, esa constelación de genios luminosos, es evidente que sin la mujer no habrían tenido las concepciones grandiosas, que han hecho de sus obras modelos inmortales.

Y no sólo ha sido y es la mujer fuente de inspiración sino, en muchas ocasiones, ejemplo nobilísimo. Allí están sino: Volumia, Juana de Arco, la madre de Espiñalte y la valerosa Cornelia enseñándonos la santidad de la Patria. Lucrecia, Virginia, Sinfoniba, las Aguedas y Eulalias el amor á la honra. Ahí están mil vírgenes cristianas que sacrificándose por una religión que predicaban misericordia y paz han llegado hasta el heroísmo del martirio.

Pero cuando la mujer realza más su grandeza es cuando desempeña el noble, el angusto papel de madre. Porque la madre, cuyo corazón es el único capaz de sentir todas las delicadezas que inspira la compasión, es también el supremo consuelo cuando se condensan sobre nosotros esas horas de dolor que pueden calificarse de espantosas; porque es ella la llamada á esparcir flores en la senda y luz en los horizontes de la vida, y, en una palabra, lo más bueno, grande y hermoso de todo cuanto existe. Por eso Jesús al hacer de María el arquetipo de la mujer, la divinizó como madre!

Y si la Fisiología, la Historia, y la Naturaleza nos demuestran que en el seno y en la mano de la mujer, en el hogar y bajo su dirección están los destinos de la humanidad, puesto que lo están los del niño, se deduce como consecuencia necesaria que su educación y sus virtudes son las únicas bases del Progreso.

Pero no de ese progreso fermentido que esclaviza á la mujer, y

la condena al ostracismo político y civil negándole sus inalienables derechos naturales y sociales, sino del verdadero progreso que su-  
cendiendo á la mujer del oscuro antro en que yace, la lleve por las  
hermosas, deslumbrantes sendas del perfeccionamiento moral é in-  
tellectual, que le facilite el estudio de las ciencias y artes, y que le  
proporcione trabajo, ya que el trabajo, *deber y derecho*, despertando  
en la mujer celos generosos la aleja del mal, de la desgracia y  
del error.

Por fin, pueblo que ennoblec y dignifica á la mujer es pueblo  
que se levanta, porque la mujer es el gran principio del mejora-  
miento humano.

JOSEFINA VEINTEMILLA

## EN EL NIDO

Aún hay arte, hay amor  
y hay poesía.

Nina P. Blum.

Enferma del cuerpo y enferma del alma me sentía, cuando mi  
buena suerte dispuso que la simpática autora del bellísimo poema  
*En el Nido*, quisiera obsequiarme con la lectura de esas estrofas;  
y espíritu y materia se aliviaron de sus dolencias como por encan-  
to al esenchar los hermosos versos que el amor maternal, que se  
desborda de su tierno corazón, le ha inspirado.

Algunos días han transcurrido ya desde que Mercedes Gonzá-  
lez de Moscoso me leyó su poesía, y aún vibra dulcemente en mis  
oídos el eco musical de su voz; aún los halaga su recitación melo-  
diosa, cuyo acento ligeramente trémulo acusaba la emoción que la  
poesía al revelar á otras almas los íntimos sentimientos de la suya;  
esos sentimientos recónditos que son como la esencia misma del  
sér; y que la mujer honesta y pudorosa oculta instintivamente del  
vulgo profano, por más que ellos sean tan santos y tan puros como  
los afectos que hacen resonar las cuerdas de la lira de esta poetisa,  
lira consagrada siempre á cantar las dichas y á llorar las penas del  
hogar.

*En el Nido*, se llama el poema, y en verdad que ningún otro tí-  
tulo podría convenirle tan bien como este, que desde el momento  
en que le vemos escrito en la portada del libro predispone nues-  
tro ánimo á saborear algo de muy tierno, de muy dulce, de muy  
fresco; algo así como gorjitos de pájaros ó arrullos de torcaz en  
el bosque en suave mañana de primavera. Y no nos engaña la es-  
peranza, porque *En el Nido* es el canto amoroso y conmovedor  
que la Lórtola modula al acariar á su prole; y en el nido, en el  
blanco, tibio y perfumado nido que el amor maternal ha mullido,

se abriga con María, la adorable y gentil adolescente á quien el poema está dedicado, la graciosa niña que hace exclamar á la autora de sus días con santo orgullo:

«Al amparo de mi amor  
vas creciendo alegre y bella,  
blanca, soñadora, estrella  
en mis noches de dolor!»

la inocente y tímida, avejilla que no conoce todavía el mundo sino los cuidados y caricias maternas!.....

Escucha, escucha, dichosa creatura, con tu alma toda entera las dulces lecciones de tu noble madre. Cuando obedeciendo á las ineludibles leyes de la naturaleza dejes el calor de sus alas, y segura ya de las tuyas emprendas el vuelo y te lances en desconocidas regiones, esos cantos, que tu memoria te repetirá fiel y amorosamente, serán la brújula más segura, tu escudo más invulnerable en el azaroso y oscuro viaje de la existencia. Así se lo dice ella, no en la vulgar y árida prosa en que yo escribo estos renglones, sino en inspirados y armoniosos versos:

«Ya que dulce venturanza  
no podré jamás legarte  
dégame, déjame amarte  
como á mi única esperanza!  
El amor todo lo alcanza;  
hoy de mi alma dolorida  
tu eres la luz... En tu vida  
cuando de mí te halles lejos,  
quizá mis tiernos consejos  
sean tu mejor égida.»

En seis cantos está dividido el poema. *Dios, Patria, Hija, Esposa, Madre y Mi Último Canto*; he aquí sus títulos. Me considero incompetente para decidir cuál de ellos es el mejor. Todo lo que puedo afirmar es que los seis están escritos con la savia del corazón de una madre amantísima.

Lo que con el alma se expresa al alma va directamente. Los versos de Mercedes González han penetrado en la mía como por derecho de conquista, y se han enseñoreado de ella. Los siento; pero no puedo ni quiero analizarlos. La mujer, la madre, les dá todos sus votos en favor y no consiente en escuchar el dictamen de la escritora que podría venir armada del criterio de la fría razón. Si la autora ha sabido tocar las fibras más sencibles y delicadas de mi sér; si me ha hecho gozar, si me ha hecho llorar, ¿qué más puedo pedirle?

Es que si Mercedes González de Moscoso sabe *pensar*, mucho más aún sabe *sentir*; por eso es poetisa.

La autora de *En el Nido* quiso escribir un poema para su hija inocente y pura; y lo ha escrito para todas las jóvenes puras é inocentes. Las madres que anhelaos sobre los más grades bienes de la tierra el bien de preservar esas almas virginales y candidas cuya custodia nos ha confiado la Providencia, del hábito enponzoñado del mundo, debemos inmensa gratitud á la poetisa ecuatoriana por su bella obra. En ella se enseña á la mujer á crecer

en todo lo santo, á amar todo lo bueno, á orar, á esperar y perdonar.  
¿No está resumida en esto toda la ciencia de la vida para nosotros?  
Un poeta optimista le dice á la compañera del hombre:

«Para ser feliz, se buena,»

y esta sencilla frase que en la época presente de fatal y sistemático pesimismo hará sonreír desdeñosamente á la mayor parte de las gentes, encierran para mí una grande é indiscutible verdad.

Sí, para ser feliz, se buena, porque no hay desgracia por espantosa que sea, que no la haga llevadera el incomparable supremo bien de una conciencia tranquila; sí, para ser feliz, se buena, porque la suma verdad desarma hasta á los monstruos; sí, para ser feliz, se buena, porque la que es buena, tiene fé, y la fé promete tras esta existencia transitoria y veloz, que suele ser de dura prueba para los más amados del cielo, otra vida eterna en que la divina Justicia premiará á los mártires de la tierra!

¡Sí, se buena, se creyente, he aquí el secreto de la felicidad!

«Imita en el hogar á la paloma:  
de sus arrullos fonna  
la terneza que tanto te conmueve:  
tus arañas, sólo el canto y la hermosura  
que una bígrrima pura  
cambia en vocéan un corazón de nieve.»

«Si un día el compañero de tu vida  
sus deberes olvida  
y al rigor de la suerte te abandona,  
ahoga en tu alma del desprecio el grito,  
el amor infinito  
no acusa ni escarnece, nó, ¡perdona!»

«Y si miras el sér á quien te uniste,  
como la noche, triste,  
dudar de la virtud y la esperanza,  
sacerdotist de tu humilde templo  
híumilde con tu ejemplo  
el valor que la té tan solo alcanza.»

Toda noble pasión es engendradora de nobles hechos. El amor maternal ha creado el hermoso libro de la señora de Moscoso. Deberían leerlo todas las madres y todas las hijas, éstas, para aprender; aquellas, para aprender á enseñar; unas y otras para amar y bendecir á la autora de tan bellas y consoladoras páginas. En cuanto á mí, que escuchándolas he pasado momentos verdaderamente felices, no hago más que cumplir con un dulce deber de gratitud al tratar de expresar en estas líneas la emoción producida en mi espíritu por la lectura de *En el Vida*, y satisfacer á la vez esa vehemente necesidad de dar expansión al entusiasmo que se despierta en el alma cuando la llena tan noble sentimiento. He dicho ya que doliente el cuerpo y hastiado el espíritu me hallaba, como solemos hallarnos con frecuencia cuando espíritu y cuerpo van perdiendo en las fatigas de la terrestre jornada, su lozanía éste y sus ilusiones aquel, que son las armas defensivas con que la juventud entra en el rudo combate de la vida, y los versos de

Mercedes González han bañado mi ser entero con un rocío celestial, haciéndome prorrumpir á mí también en esta exclamación llena de consuelo:

«¿Aún hay arte, hay amor y hay poesía?»

Pocos versos he citado del sentido poema, pues deseo dejar á sus lectores el placer de recorrerlo íntegramente y de seguida; pero quiero concluir este artículo, que será como cerrarlo con llave de oro, copiando el hermoso final en que están como compendios los propósitos de la autora, y expresados sus santos anhelos para después que haya depositado en la adorada frente de su hijo el beso de la eterna despedida:

«Aquí termina mi beseron corto  
noche sin sueño, tardes silenciosas  
para mi alma angustiosas,  
horas de desfalleo y de quebranto,  
he pasado por ti: quise olvidarte  
olvidando, mi bien, sin luz, sin arte!

«Tesoros de cariño y de ternura  
te dejo en él, mi corazón entero  
y él me lastimó  
de las olas del mar de mi amargura,  
recuerdos que tendrán para ti un día  
cambiantes de tristeza y alegría.

«Si cuando muera, en tu memoria vivo,  
y así encuentres remedio á tus congojas,  
se animarán las hojas  
en que temblando de emoción escribo,  
como flores mariposas por el viento  
cuando las besa el sol, se abren al riego.

«Y el cielo eres tú! Niña inocente  
cúme mi cuello con tu blanco brazo,  
siéntate en mi regazo  
dame á besar tu candorosa frente,  
y grava en tu alma un día y serena,  
el ruego de mi amor: sé siempre buena.»

LAS FENIA LASRIVE DE ILONA.

Guayaquil, Julio de 1895.

## Anhelos

El termómetro propio para conocer el grado de cultura á que han llegado las naciones, es la educación que en ellas se da á la mujer, y la estimación que ésta recibe de la sociedad á que pertenece.

Pueblo que no sabe apreciar á la mujer, es pueblo atrazado, pueblo ingrato, porque á ella debe casi siempre, los movimientos más decisivos en su adelanto material ó moral; ella es la que da empuje á las acciones elevadas; la que ayuda al hombre, en la consecución de nobles fines, excitándole con su afecto, infundiéndole, en fin, el valor y la perseverancia que son virtudes propias de su alma grande á pesar de su aparente debilidad.

Nada, pues, más digno, del alto cargo de que están investidos los que dirigen la marcha del adelanto en nuestro país, que escuchar benévolo, atender y apoyar con su valiosa solicitud á la mujer, que si bien, la parte más noble, entusiasta y abnegada de la sociedad, es la menos favorecida por la suerte entre nosotros.

Así, aunque indigna de levantar mi voz, desautorizada en absoluto, me ha cabido la honra de ser llamada á formar coro en el más sonoro concierto de animación é interés que en favor de ella, eleva en este instante, un grupo respetable de matronas, quienes, formando un simpático lazo de unión y trabajo, persiguen el laudable objeto de cimentar el buen nombre de su patria, haciendo lo posible para que la mujer ocupe el lugar que le corresponde por la alteza de su sér moral, en el templo del saber humano.

No era posible permanecer indiferente en medio del afán que mina á mis amables compañeras, cuando ajenas de egoísmo, se van dignando asociarse á sus nobles tareas, y apesar de mi oscuridad ó ignorancia, me atrevo á ofrecer á mi querida patria el óbolo de mi entusiasmo, en el anhelo que tengo por su engrandecimiento y el de mi sexo.

No importa que personas exigentes nos critiquen, debemos tenernos al juicio benévolo de la parte noble y culta de la sociedad, que, no dudo, sabrá apreciar nuestras justas aspiraciones.

Por lo demás, la patria es una madre cariñosa, que acepta complacida de sus hijos, así la humilde y natural florecilla de un corazón entusiasta, como los hermosísimos bouquets de aromados pensamientos y las elevadas columnas, y los grandes hechos, con que aseriores predilectos de las Musas, y artistas de talento, y héroes notables, la honran y enriquecen.

Y, en el anhelo de conseguir el adelanto de la mujer ecuatoriana, me presento acobardada á los umbrales del imponente Templo de las Letras, y como una extraña apenas, deposito en ellos mis pobres concepciones.

Esta turbación y este temor es natural, desde luego que, la mujer en nuestro país es estimada sólo como un adorno ó un capricho, sino es vilipendiada y rebajada por su disculpable ignorancia; y la que tiene un modo de ser superior, es una víctima que agoniza entre las ansias de elevarse y la fatal impotencia á que la suerte ó el egoísmo le tiene condenada.

Con la verdadera y útil educación de la mujer, desaparecería este egoísmo y la sociedad se acostumbraría á respetarla encontrando en ella, la base de su bienestar.

No es preciso que la mujer abandone las ocupaciones propias de su sexo, como algunos pretenden que sucedería al concederle libertad para los estudios serios, y darle una educación completa, no; la mujer instruída y de talento, comprende mejor sus deberes y sabe darse lugar para trabajar, sentir y pensar libertándose así,

de la vanidad y el ocio que son los escollos donde se rompen las virtudes mejor cimentadas.

Y, ¿qué cosa es más pura, más bella y digna de ocupar nuestro pensamiento que el estudio de las Letras, de las Artes, de las Ciencias? ¿Qué á la vez que nos instruyan, honra sean esos trabajos para nuestra patria? ¿Qué nación donde la mujer ha figurado dignamente, no se ha immortalizado? Allí están Atenas, Esparta y otras muchas que, como las ciudades de Grecia, han debido sus glorias en gran parte á las mujeres.

Con razón asegura Montalvo: "Ese pobre ente sensitivo y apasionado, pequeña criatura, inerte hija de la Naturaleza, si se trata de levantarse, es grande; si de atreverse, heroica; si de sufrir, sublime; si de sacrificarse, mártir....."

La Poesía, la más elevada expresión del alma, como dice un grande escritor, tiene que buscar en Dios, en la Naturaleza, en la Historia y en el corazón humano el manantial de sus inspiraciones, y siendo como es la inmaculada flor del sentimiento, claro está que al cultivarla la mujer, se aparta de la vulgaridad y no puede dar cabida en su seno á viles pasiones compañeras inseparables de la ignorancia, y por consiguiente, causa primordial del desequilibrio de la sociedad.

La mujer bien educada sabrá amar á su patria en donde será estimada en su justo valor, y este afecto bien sentido y cultivado con el estudio y el trabajo, haránle comprender que honrarla con sus virtudes, es engrandecerse á sí propia.

ISABEL D. DE ESPINEL

Quito, Marzo 10 de 1905

**¡Fiat lux!**

Y la luz fué hecha y se aclaró el espacio y brillaron los soles y se iluminaron los mundos!

¡Luz, como quien dice hermosura suprema, que lo embellece todo!

¡Luz á cuyo contacto se calienta la atmósfera! ¡Luz emisario divino, que nos trae noticias de otros mundos; que nos hace conocer lo físico de nuestro globo; que pinta panoramas divinos para el astrónomo, ese poeta de los espacios sidéricos.

¡Luz que ilumina la dicha, como la miseria; lo hermoso como lo horrible; la cima y la eminencia; el mar ó



el pantano cubriéndolo todo con tu velo de oro, con tus caprichosos arabescos, con tus brillantes contornos; sublimando lo bello, embelleciendo lo feo.

Reflejas tu grandeza sobre la inocencia, envolviendo en un nubo de oro la cabeza del niño, cuando la madre lo mece en sus rodillas; reuniéndote así, á esa otra maravilla, el hombre; tú y él, dos portentos, dos milagros salidos, de la mano del Excelso.

¡Luz y espíritu, tan grande la una, como el otro, tan veloz éste como aquella!

La luz refleja sobre todos los cuerpos, recorre todos los espacios, dora todas las cumbres, retrata cuanto encuentra.

Judío errante del cosmos, jamás detiene su carrera vertiginosa y una onda se va, otra pasa y otra viene y así sempiternamente bajo su influencia, se consumen los soles, se desquician los mundos, ruedan los satélites y pasan las humanas generaciones como pasan las olas de la mar, como las bellas ondas de luz, que van de mundo en mundo, sin detenerse jamás. ¿Adónde? No lo sé.

El hombre como la luz retrata, estereotipa, en su memoria lo físico y lo moral; lo tangible y lo intangible; su pensamiento vuela, y su pensamiento crea.

La luz también crea, puesto que aquello que está en la obscuridad, es como si no existiera: el rayo de la luz lo divulga, lo embellece, lo purifica: lo purifica sí, ella la insecticida, la generadora, el alma de la creación!

A su calor se deshacen las nieves del invierno y nace la primavera que se desparrama en flores: la primavera que trae nidos, días tibios, amor á los corazones.

La primavera, resurrección de la belleza que muere y revive todos los años, como Adonis, siendo esperada, y llorada por esos envidiables neuróticos que se llaman poetas.

La luz es bella para todos, aun para los ciegos que sólo sienten su calor; aun para el anciano aterido por la edad en quien han muerto casi todas las sensaciones.

La luz es amada por todos, pero aun lo es más, por los que nacemos y morimos envueltos en ella.

La nostalgia por la luz ha de matar como la nostalgia por los pueblos.

Los hijos de los polos, que tienen noches heladas y larguísimas, se contentan siquiera con las auroras boreales, que renuevan en sus ojos los reflejos de la luz solar.

ó con su sol de media noche, descolorido, frío como si fuera la imagen muerta del astro.

Luz mortecina, remedo de la luz adorada, que se retrata sobre paisajes muertos, envueltos en sudario de nieve.

Y ¡oh poder de la luz! Contemplemos esos mismos paisajes transformados en palacios de adas, irisados, mágicos, divinos, como no los ha soñado ningún vicionario de nuestros climas.

Dejemos esta esplendidez fantástica de los días de sol árticos y recorramos nuestra propia región americana, vívida de luz, rica de colores, variada hasta lo infinito.

Estamos en la pampa inmensa, dilatada como el mar: bultos dorados se esfuman allá á lo lejos entre ese océano de fuego, el sol se pone, el gaucho vuelve á su rancho, el ombú se balancea á lo lejos, y bajo su follaje cesteá el ganado.

El pajonal dorado, se inclina suavemente, envuelto en bruma de oro.

Aucha, soberbia faja de luz rojiza como bragas, se extiende en el Poniente; el astro de la Pampa, se hunde hasta su mitad, tras de la tierra ya su luz no quema, no ofusca ya y podemos mirarle cara á cara.

Un amarillo pálido sigue á la faja rojiza, y más arriba el amarillo se convierte en verde, en azul, en lila, en rosa, en todos los colores del espectro.

Paleta maravillosa, empaste misterioso cuyo secreto sólo lo posee la luz.

Aquel cuadro se transforma y en el espacio se dibujan figuras fantásticas: todos los delirios de un loco encontrarían forma en esas nubes.

Y se transforma otra vez el espectáculo, como si fueran lienzos extendidos y recogidos por seres invisibles, cual los genios de los cuentos orientales.

El fulgor dorado pierde poco á poco su brillantez, se desvanecen los contornos; el payador entona su melancólica endecha; pliega sus hojas el ombú y sólo el Pampero zumbador recorre sus dominios, de un lado al otro de la Pampa.

Al otro día, nuevo sol, nueva luz, nuevos paisajes. Transmutación eterna de la naturaleza!

Subamos á nuestros Andes: el aire enrarecido es transparente, el cielo muy puro, la luz diáfana ilumina todas las oquedades, como todas las cimas.

A lo lejos se perfilan las montañas azules, más cerca otras de color violado; los nevados alcanzan sus cumbres blanquísimas hasta perderlas en la inmensidad, recamados de oro parecen estandartes brillantes caídos de otros mundos sobre el nuestro.

Sus capacetes bruñidos, sus facetas deslumbradoras ofuscan la mirada.

Abajo están las llanuras, el pastor, los corderos, la planicie cultivada, el prado cubierto de yerbecilla menuda y todo se esmalta y todo aparece de relieve, embellecido por la luz que se refleja en la corriente del río con tonos argentados, se irisa en la cascada, destumbra en la nieve, se quiebra en los peñascos, verdea en la pradera y en las alas del insecto ó del pájaro, derrocha su rica orfebrería.

Sobre las olas del océano es reina: allí despliega su manto, cabalga sobre ellas, se esparce en sus espumas, se extiende sobre las playas.

La luz del firmamento se refleja en el mar, la luz del mar en el firmamento. Abrazo amoroso de la luz y la luz, derroche gigante de colores, de tonos, de fosforescencias indescriptibles.

Lo sublime se siente, se admira, pero jamás se explica como se ve ó concibe!

La luz madre del arco iris, de las auroras boreales, engendradoras de lo bello, sutil y pura, se desliza á través del pantano sin contaminarse jamás.

Alumbra la cueva submarina y la caverna profunda, refleja en el ecuatorial los astros distantes y va por el espacio llevando la imagen de cuanto ha tocado.

Ilumina un mundo como un satélite, un cometa como un asteroide, pródiga y bella, nada encuentra indígno de sus dones.

Ella hace de los átomos, habitación de microbios, enjambre de pequeños mundos.

Alquimista misteriosa, convierte en oro el polvo de la tierra.

Y corremos tras la luz y queremos luz para nuestros ojos, luz para nuestro cerebro, y llamamos luz á los conocimientos del espíritu y es luz la de la razón, el arte y el talento.

¡Metáforas bellas! A qué otra cosa puede compararse lo infatigable de nuestro ser!

La luz lo inunda todo, el pensamiento lo concibe to-

do; la luz purifica, la civilización depura de errores á la humanidad; la luz embellece los cuerpos, la imaginación cubre de galas cuanto toca; la luz sigue su camino sin detenerse nunca, ¿a dónde llegará el espíritu investigador del hombre?

La civilización es la luz, la ignorancia es la noche; sigamos la estela luminosa, que nos abre el camino y huyamos de la noche que es la muerte del alma.

Más vale sepultarse en un piélago de oro, que perecer en la pavorosa negrura del no saber.

Luz para la mujer, madre del hombre, institutriz del niño, guía de la humanidad.

ZOLA UGARTE DE LANDIVAR.

## PLEGARIA

¡Madre de Dios, bellísima María,  
Reina del cielo, estrella de ventura,  
Consuelo del mortal en su amargura,  
Benigna escucha la plegaria mía!

¡Señora, atiende mi angustioso llanto!  
No deseches las lágrimas que el alma  
Cuando ha perdido venturosa calma,  
Vierte buscando alivio á su quebranto.

Yo tu hija soy, querida Madre mía,  
No permitas que vaya á sucumbir!  
Fue el Mártir del Calvario el que al morir  
A Tí me dió por «Madre» en su agonía.

Con dolores allí me concebiste,  
Por amor á Jesús me prohiaste,  
Hija tuya entonces me llamaste,  
Por hija desde entonces me tuviste.

Mas el cielo está lejos y no alcanza  
Penetrarlo el espíritu que gime  
Sujeto por el mundo que le oprime,  
Que le quita del cielo la esperanza.

Tú, Señora, conoces la amargura,  
La angustia de que es presa el alma mía,  
Tú, Señora, comprendes la agonía  
Que terrible mi espíritu tortura.

Tú que miras el llanto de pesares,  
Que quemará más tarde las mejillas,  
De esta joven que implora de rodillas  
Piedad para ella al pie de tus altares;

No puedes, bondadosa, mi plegaria  
Desecharla, y hacer mi ruego vano;  
Tú no desoyes el lamento humano  
En los reveses de fortuna varia.

Tus socorros ¡oh Madrel, necesito,  
No me niegues tu amparo ¡gran Señora!  
Aunque yo indigna sea y pecadora  
También soy hija de tu amor bendito!

Desecharme no quieras ¡Madre mía!  
Ya que ¡Madre! quisiste ser del hombre;  
¡Madre! ¡Madre! . . . Si tierno es este nombre  
Aun lo es más dirigido á tí, María.

CLORINDA M. CHIRIBOGA.

## ¡Pobre María!

Hace mucho tiempo, cuando yo era niña, y las nubes del dolor no habían entenebrecido todavía la luz primaveral de mi alma, ni las lágrimas que hasta ahora he derramado había vertido en su tercera parte, viajaba con la señora de N. por los pueblecitos cercanos á la capital de provincia en que nací. Ya habíamos tocado en muchos de ellos de aspecto más ó menos risueño, no sin dejar, eso sí, de recoger aquí y allí caudales de impresiones, y llegamos al fin á Baños. Esta preciosísima joya de verdura, situada en una de las quebradas de los Andes, es como si dijéramos, el hijo primogénito del Tungurahua, pues que se levanta precisamente de sus faldas arrullada por los roncós bramidos del Pastaza. La vejetación exuberante y rica de este pueblo, su clima un tanto cálido, la hermosa perspectiva de sus cuadros al nacer el sol y perderse en lontananza, la bondad, en fin, de sus sencillas gentes me impresionaron deliciosamente.

Frizaba con los doce años; y alegre y juguetona como una mariposa no dejó rincón en donde no hubieran penetrado mis escrutadores ojos. De los huertos sombreados de naranjos ó inmensos chírimoyos, era yo la dueña; pues que sus verdaderos propietarios ya se acostumbraron á verme en todas partes tomando las frutas, siempre alegre y traviesa. Cuatro ó cinco meses tuve de esta vida, y ciertamente que ella fué la última caricia del destino y el primer saludo á la transformación de mi alma, ya que dejando á Baños entré en la adolescencia. ¡Cuántas ilusiones, qué bella multitud de luces y de flores demorará sus puertas! mas ¡ay! cuánta ceniza, qué oscuro hacinamiento de ruinas y de escombros se encuentran al pasarlas! Un adiós á las auroras del tiempo de la infancia, y todo ha terminado.

*Baños, á más de sus encantos en los que parece haber mantenido, sonriendo, la Naturaleza sus púncelos, guarda una pequeña iglesia, cercada enteramente por plantíos de ají y caña de azúcar, con sus blancas torres, sus ventanas abiertas hacia el campo, y, sobre todo, con su Virgen de Agua Santa. ¡Qué envidiable fe la de aquellos felices moradores. El Cura, un sacerdote dominico sumamente anciano, es en verdad sobre ese pedazo de la patria, lo que el Evangelio ordena: Ministro del Señor! Cada mañana, así de celebrado el Santo Sacrificio, sale en procesión la milagrosa imagen guiada por el viejo Cura y sube hasta el Calvario, graciosa colinita donde araba la hilera de casuchas de la calle real; de allí desciende nuevamente en medio de los cantos del Ave María y el humo del incienso dejando, á no dudarlo, aquella sagrada ceremonia la virtud, y la paz en los hogares. Predispuesto mi espíritu al sentimiento religioso, todas las mañanas formé parte en esa tierna devoción. Era de verme algunas veces jadeante con el anda á costas ayudando á tres muchachas más, que pálidas por el clima y sonrientes, veían mi santo entusiasmo por seguir con ellas bajo un peso superior á mis débiles fuerzas.*

La señora de N. había resuelto que tornásemos á la ciudad, pues, *si bien tenía un libro ante mis ojos con su ejemplo, no estaba terminada aún mi educación y hacían ya tres meses de abiertas las esenelas; preciso era volver.* Por otra parte, trististas de recreo, llegamos á sentir lamentos del bolsillo desde cuyo fondo huían las monedas como el humo. De aquella vida sólo nos restaban escasos nueve días; mi señora, con todo el cumplimiento de una fortuna y gratamente impresionada por la buena acogida que tuvieramos, anduvo en despedirse y ofrecer servicios de una en otra parte. Yo también con tristeza y burlando á los criados, eché por mi camino y despedíme del Cura, de la iglesia, de mis huertos cuajados de naranjas, de las chozas más pobres del contorno en donde tuve amigos, de esa traviesa, objeto colosal y que tanto llamara mi atención por el sublime y horrendo precipicio del Pastaza, en que el atrevimiento del hombre la pusiera, de los manantiales de agua milagrosa, en fin; pues, sabido es que Baños es una fuente, á la que, como á la Piscina de los tiempos de Jesús, acuden muchedumbres de todas las poblaciones en busca de salud. Ya había recorrido casi todo el pueblo grabando traviesa con mi cortaplumas las tres iniciales de mi nombre en muchos de los troncos de mis queridos árboles, en las puertas de la casa parro-

quial, en el suelo, en las paredes formadas de madera ó cañas de guadúa y regresaba herida por los rayos de un sol abrasador, cuando de pronto interrumpí la marcha á la vista de un gracioso corredor, de cuyo fondo pintado de azul surgía un saloncito revestido interiormente con ese sí es no es de lujo y elegancia impreso en las casas recién construídas por un gamonal de parroquia. Ya otras veces al cruzar por esa calle había dado más de cinco tropezones por ver de cerciorarme de quiénes habitaban esa simpática mansión. Mi curiosidad fué satisfecha á fuerza de preguntas y más preguntas, y descubrí que allí vivía una señora muy adusta y muy altiva que llevaba algunos meses de hacer que su sobrina, una preciosa joven, pero de semblante pálido como hojas de azucena, se bañara en la fuente de «San Vicente». Según el parecer del médico, sus aguas le sentarían bien á la afección extraña que tanto abrumaba á la desconocida. Supe después el nombre de esa joven: llamábase María, y sea porque llevaba el mismo nombre, ó sea porque un secreto instinto me hiciera adivinar á través de sus ojos negros, que en su alma habían dolores, me complacía en mirarla con respeto, y la comparaba por la hermosura con la Virgen de Murillo pendiente de mi cama. Muchas veces la pensé con lástima, sintiendo por ella tristes presentimientos.

Qué sorpresa! el día en relación el saloncito estaba de par en par abierto, y ni en el corredor ni dentro aparecía nadie más que algunas pocas moscas *temperando* y que sólo me decían con sus típles vocecillas: «aquí me siento, por acá me voy». ¿Qué habría sido, pues, de la señora con aires de extranjera y de María, la melancólica y hermosa? Volví á llamar, nadie me respondió. Entonces con la travesura ó inconciencia de mis años, de salto en salto y atrapando moscas subíme hasta el salón: sobre la puerta y suspendida de una argolla giraba lentamente una pequeña tabla, en la que se leía en gruesos caracteres rojos un: «Jesús, María y José; se arrienda». Más arriba en el dintel mostrábase también una B. y una M. en actitud de haber reñido entre ambas y que, indudablemente, llevaban encerrado el nombre del rico propietario, que si debía serlo, según las seis silletas de esterilla colocadas en fila con trazas de soldados que esperan la ración, y una araña, muy señora mía, descolgándose orgullosa de más de ochenta círculos concéntricos pintados en el fondo de un tumbado con nubes, y capulos, y flores y la mar... En cuanto á las paredes llevaban un tapiz de krios capachinos sobre fondo rosa y como el único y mejor adorno un cuadro que encerraba en cuatro divisiones, respectivamente, un San Martín, la Virgen de Agua Santa, un recorte de almanaque que figuraba una «Fama» embalgada en un león y un plano de trapiche. Sin más observaciones salté sobre el costal vistoso y bien templado que servía de piso, di unos cuantos giros de talones deleitándome en el suavísimo resbalo que encontraba entre éste y lasuelas gastadas de mis botas; dispersé las sillas y ya me preparaba á regresar haciendo de las mías, cuando me asaltó como una tentación, el sencillísimo deseo de grabar allí en el marco del cuadro original de cuatro divisiones las mismas iniciales que mi cortaplumas diestramente había grabado en todo el día. No hubo que tratar: me encaramé en la silla más cercana y parada de

puntillas ya acababa la N., mi segunda letra y, ¡oh susto aterrador! perdido el equilibrio y por el cual apenas podía respirar, mis brazos se apoyaron demás en la «Fama» y San Martín; mi cuerpo balanceó y hundíendose de golpe los tacones agudos de mis botas, ni más ni menos quedaron enterrados en los juncos de la silla. De allí no habrían salido nunca si un desquiciamiento general no hubiera dabo conmigo en tierra y hasta con el clavo que sostenía aquel gigante de moldura, encima de mi pobre humanidad.

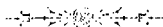
Así que me levanté segura de que estaba en su puesto mi cabeza, quise reír, tuve ansias de llorar y creí en mis adentros que esos capuchinos surgiendo del papel, y los cupidos, y las moscas, y el costal, saltaron á una voz ruidosa, carejola burlándose de mí. No había otro medio que huir. ¡Virgen de Agua Santa! si al Sr. D. Braulio ó Benedicto se le ocurre la vuelta en ese instante y encuentra que en su casa no sólo ha conseguido renovar el aire sino que ha penetrado conmigo el huracán! . . . El caso era terrible, más aún si juntos con la silla nuevecita hecha pedazos y el cuadro que por poco no me mata yaciendo en medio cuarto, vi aterrada que el tapiz se había rasgado en la extensión de un metro, y la «Fama» estaba hecha y el trapiche roto, y «San Martín»! ¡Dios mío! teniendo mi cortaplumas metida entre los dientes y blanqueándome unos ojos. . . Ha á practicar una retirada honrosa, como un gaucho que teme ser cogido, pero qué, si nuevamente atrajo mi atención algo, que, sin duda guardado tras del cuadro cayera sobre mí. En el suelo reflejaba con visos de un espejo, un libro ó cosa parecida y al que desde luego, di tímidamente y sin quererlo el título de mío. Era una cartera de señora, de color oscuro y sobre la cual con grandes letras de oro, se leía un solo nombre: María. ¡Caprichos del destino! Aquella niña dejábame un recuerdo, ya que en el momento excluí del Catecismo el «séptimo no hurtar» y quise únicamente llevarme aqúese objeto con todos los derechos que da la propiedad; y sin embargo qué tristeza horrible sentí en mi corazón; bien me hubiera gustado hasta acabar el mundo en busca de esa joven á darle su cartera y exigirle no más que una mirada, en recompensa; mas, acaso yo sabía á dónde habían seguido, ni de qué lugar vivieron aquellas dos señoras? Así reflexioné. Por otra parte, toda estaba escrita con nombres y con cosas que, por más que hiciera, no pude comprender; de modo que instintivamente guardéme en el bolsillo ese tesoro tan desconocido y á la vez sombrío y que evocaba para mí una especie de siniestro y vago pensamiento. No ya atrapando moscas ni saltando, sino por el contrario, muy pensativa y con las huellas del primer dolor, fuíme á la señora de N. la que no dejó de hacerme algunos gestos y anunciarme encierro. Buen cuidado tuve de llorar un poco y no decirle pero ni esta boca es mía. Impresionada, triste, durante aquea noche tuve calentura: soñé que cien espectros me hablaban de María, que el viejo sacerdote armado de unas cruces bendecía una tumba cerca del Pastaza que, crugiendo y rugiendo en sus abismos, y alzándose con furia, y reforciéndose como un dragón herido gritaba: «existe Dios!» Entonces la trompeta de la «Fama» repitió esos *cecs rompiéndose los timpanos, el aire se hizo denso, el Tungurahua vomitaba llamas de en medio de las cuales ¡cieles! mi señor don Braulio, el pacífico bañero, convertido en monstruo con*



alas de murciélago y trompa de elefante, volaba, volaba en torno mío tratando de engullirme en calidad de costas por daños y perjuicios hechos en su casa, pues le creía hasta abogado. Ya sentí morirle presa de sus garras; me asfixiaba, y casi enloquecida y asustando á la señora de N. y á los criados que dormían como unos lirios. Con mis gritos desperté, creyéndome en los brazos de la realidad y en lucha todavía por librarme de aquel monstruo salido del infierno; y, cosa rara, por oír á los espectros en el paroxismo de mis ansias ó irme hasta María que lloraba, á recoger sus lágrimas y hablarle de esperanzas, de algo en mi lenguaje niño que alentara su alma desolada y muerta. Pues si poco ó nada comprendí en las páginas de su cartera, á pesar de que ellas sí estaban impregnadas de su mismo aliento balsámico y tranquilo, al menos, me dá cuenta que sufría, y sola en el mundo, sin padres, como yo, turpial abandonado, se quejaba de amor y de orfandad. ¿Cómo, por qué dejó esos manuscritos olvidados allí detrás de un cuadro y en un pueblo á donde tal vez no volvería si estaba tan enferma y ya le era preciso devolverse á Dios? ¿Ellos no formaban parte de esa vida próxima á extinguirse, y así no debería crearme yo culpable poseyéndolos? No me sé explicar; su contenido es el siguiente:

(Continuado).

MARÍA NATALIA VACA.



## A MARIA SANCHEZ URBINA

EN SU ALBUM

No quiero, no, fascinarle  
Con alabanzas mentidas  
Que al lector no lo convueven  
Y al autor lo desprestigian.

Y á mí que—en lejano tiempo—  
A otra muy dulce María [2]  
Consagré las espontáneas  
Vibraciones de mi lira,

Si al Eupíreo donde hoy mora  
Van mis versos en las brisas  
Y falaz fuera mi canto,  
Su favor me negaría.

La Verdad es noble musa,  
Que me alumbra y que me guía:  
Y élla acaso del olvido,  
Salvará mis pobres rimas.

Y de la Verdad en nombre  
Te protesta la voz mía  
Que el más adusto poeta  
Querrá ofenderte su lira.

¿No escuchas que himnos levantan?  
No ves que ante ti se inclinan  
Los que de cerca te observan,  
Los que de lejos te admiran?

Al ver que, esbelta y hermosa,  
En el umbral de la vida  
Ya te aprestas á hollar flores  
Como fusa peregrina?... .

Y pues ellos y tú aman  
El Arte de la armonía;  
Y te dan justo renombre  
De constanada pianista,

[2] A la que fué Srta. María Urbina Jado.

Para evitar discordancias  
Que acaso mengua serían:  
De los jóvenes cantores,  
O de la joven artista,

¿Sabes lo que he imaginado  
En honra tuya María?...  
¡Elevando yo la batuta,  
Formar un estudiantina,

Mas entonces, protestando  
En alta voz, me dirían:  
"Déjenos en paz, señora,  
"No nos forme algarabías.

"¿Venos lucir en su pecho  
"Alguna de esas insignias  
"Que otorgan las asambleas  
"Para que al sabio distinguan?

"Canta, cual las aves cantan,  
"En la selva ó la colina,  
"Mas nosotros no aceptamos  
"Una directora empírica."

¿Cómo entonces asomara  
El camino á las mejillas  
De tu madre al contemplarme  
En callejón sin salida?

Y ella que es tan noble y buena,  
Talentosa y previsiva,  
Compartiendo mis angustias,  
A Teresa invocaría:

Que nadie á tu ilustre abuela  
Osado sus dulces negaría  
Que practica genialmente  
La verdad y la justicia.

¿No ves cómo se revela  
En su frente su alma altiva  
Do hay un mundo de dolores  
Y hubo un mundo de alegrías?...  
Guayaquil, 1892.

Con orgullo te protesto  
Que fueron su alma y la mía  
Destinados por el cielo  
A penetrarse unidos:

¡Cuasi en tiempos ya lejanos,  
Y que el corazón oyóla,  
Separarnos consiguieron  
La calumnia y la perfidia;

Quando en extrañas riberas  
Nos encontramos un día,  
Amor y paz nos juramos  
Como la nobleza obliga.

¡Cuán fervorosa ensalzaba  
Mis humildes poesías  
Quando generoso aplauso  
Allá, á veces, resplandía!

Por eso perdonar debes,  
Y aún aplaudirme, María,  
Si por cantar á Teresa,  
Mi inspiración se desvía.

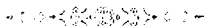
Y si es cierto que otras veces  
Me has escuchado propieta,  
Por esta larga versada  
Dame tanto lo que pida!

Tu madre fué bien lo sabes—  
Radiosa beldad cumplida  
Que á todos nos encantaba,  
Y aún á todos electiza.

Y pues que tus labios copian  
Eas sus dulces sonrisas  
¡No me las niegues en pago  
De estas pobres trovas mías!

DOLORES SEQUE.

Guayaquil, 1892.



## Inmortalidad

Desde que Alejandro Dumas expresó que eran «Bienaventurados los que dicen: *hasta volvernos á ver* al cadáver envuelto en su sudario, y, tristes muy tristes aquellos que dicen: *Adiós!* al amigo que acaba de sepultarse», creo yo que muchos escritores necrológicos, sobre todo en Colombia dieron en la flor de sustituir la frase litúrgica ó ritual de *requiescat in pace* con estas otras, que

al par que recuerdan una dulce familiaridad entrañan una esperanza consoladora: *Hasta luego, hasta mañana.*

Para muestra basta unos botones.

El Sr. Groot con motivo de la muerte de una hija suya dijo: «La vida del espíritu, que no se disuelve ni se corrompe, durante al través de millones de siglos. Yo he dicho á mi hija *hasta mañana!* y es posible que *mañana* volvamos á vernos». El Sr. Caicedo Rojas que cita estas palabras observa: «El Sr. Groot hubiera dicho mejor *hasta luego*, porque apenas había transcurrido un año cuando el padre siguió á la hija».

El mismo señor Caicedo Rojas tiene este hermoso pasaje en el discurso pronunciado ante los restos del historiador nombrado: «El hombre echa un poco de tierra en la sepultura de los suyos, y el tiempo cubre de polvo generaciones enteras en un instante que pasa rápido como un relámpago: instante que los humanos llaman siglo creyendo que esta palabra significa una gran cosa. No digamos, pues, llorando *adiós* á los que nos dejan: digámosles sonriendo, *hasta mañana!*»

Ernesto M. Sicard: «Señores, como tarde ó temprano hemos de recorrer todos este mismo camino, no nos despedimos para siempre de José María Otero: digámosle simplemente: *hasta la vista!*»

El poeta Pinzón Rico se despide también de su tocayo, el Sr. Otero, con esta sentida estrofa:

«No regaré tu lápida de flores,  
No te daré mis lágrimas de fuego,  
Harto dicen intensos torcedoros  
Que tendré junto á tí tiempos mejores  
Otros digan *adiós!* . . . . Pepe! *¡hasta luego!*»

Y el Ministro Colombiano, Sr. Isaza, que á nombre del Cuerpo Diplomático, residente en la Capital, tomó parte en la manifestación fúnebre en honor del Ministro Chileno, D. Galo Irarrázaval Z., expresa lo siguiente: «y les recuerda como lenitivo á su justísimo dolor, que los creyentes no dicen *adiós* sino *hasta luego*, porque la muerte no es la nada: es el principio de la inmortalidad, es el crisol en donde se depuran y subliman las almas».

Y aquí pondría punto final, satisfecha de las citas que me han producido una impresión consoladora. Simpatizo con las almas creyentes. Sócrates y Platón, Víctor Hugo y Cervantes, son genios que me hablan de Dios y la inmortalidad del alma; y sus altas ideas á este respecto me transportan á otras regiones, donde hallarán el premio los que están sumidos en las tribulaciones de la tierra. La desaparición de un ser querido, como la de mi madre, por ejemplo, habría sido una desgracia atroz sin lenitivo, sino tuviera la fe arraigada en mi espíritu de que ella vela por mí desde la eternidad, y se verán en breve cumplidas las aspiraciones de mi amor, sintiendo mi ser unido á su ser en la patria de las almas. Nocho sin estrellas la del ateo; vida sin esperanzas la del materialista, que por una triste obsesión de su cerebro enfermo no levanta el pensamiento, desde la armonía que palpita en el universo á la primera causa que ha creado el cosmos con sus leyes fijas y sorprendentes.

TERESA.

## RECUERDOS

Una noche de invierno  
Viento frío soplabá,  
Y el alma se llenaba  
De luto y de dolor.  
Miradas melancólicas  
Dirijo hacia el oriente  
Y late tiernamente  
Mi triste corazón.

De patria y de familia  
Los recuerdos de gloria,  
Trayendo á la memoria  
Lloraba sin cesar.  
Tal vez no vuelva á verlos  
¡Ay triste desventura!  
Me iré á la sepultura  
Sin esperanza ya.

Envuelta en las espesas  
Tinieblas de esa noche,  
Oí cantar un toche  
Con amargura atroz;  
Relámpago alumbróme,  
Y ví á su compañera  
Caída en la pradera  
Y lejos de su amor.

Un rayo malhadado  
La rama había partido,  
Y al ver en tierra el nido  
Trinaba de pesar.  
Al ave moribunda  
La tomo conmovida,  
Y al darle aliento y vida  
Le doy la libertad.

SOLEDAD VALENCIA.



## CARTA A LAURA

Aun cuando te habrás ya impuesto en los periódicos del movimiento intelectual y político operado en los últimos meses, en esta capital, no es por demás que recibas de mi pluma algunas noticias, siquiera porque me sirven de pretexto para conversar un momento contigo. Y lo mejor del caso es, que las líneas que te escribo van á estar en *letras de molde*, gracias á la galante invitación que he recibido de los jóvenes editores de «La Mujer», revista literaria que pronto va á ver la luz pública. Son, pues, dignos de encomio estos amigos, que llevados de sincero patriotismo preparan al bello sexo un palenque propio para que ejercite su inteligente actividad. Hoy por hoy, tenemos muchas señoritas que cultivan las letras con provecho, y sólo necesitan el estímulo creador para emprender el vuelo á las regiones donde dominan ingenios de la talla de Dolores Suere, Marietta de Veintemilla, Mercedes G. de Moscoso y otras que son dignas de seguir las huellas luminosas de la infortunada Dolores de Galindo y Angela Caamaño de Vivero. En «La Mujer» vas á encontrar nombres nuevos, que así suscribirán poesías como artículos en prosa. La señora Dña. Lastenia Larriva de Llona no ha escatimado su colaboración, ella que en pro de la cultura de la mujer no ha mucho fundó á las orillas del Guayas su precioso semanario «El Tesoro del Hogar». La notable educacionista señorita Dolores Flor, que se ha captado el aprecio general por su anhelo en la difusión de las luces, tomará también parte en la revista y ya tendremos ocasión de deleitarnos con sus producciones.

La aparición de la revista, la primera en su género que saldrá de las prensas de Quito, es realmente un acontecimiento trascendental. Ojalá, pues, que las labores correspondan á la esperanza del público, que parece complacido con sólo el anuncio de esta empresa literaria. Si todas fueran como el prospecto titulado «Nuestro ideal» escrito por la ilustrada y valiente escritora, Sra. Dña. Zoila Ugarte de Landívar, cuyo manuscrito ha pasado ya por mi vista, te aseguro Laura, que el buen éxito sería eficaz y seguro. Tú que posees una alma delicada y que gozas en el adelantamiento del país, ruega á Dios que nos ilumine para que nuestros trabajos, si no salen perfectos, siquiera manifiesten la buena intención y el anhelo constante de no separarnos de las prescripciones de la Religión y la moral.

La portada de la revista es la primera obrita que va á salir de la prensa litográfica, recién establecida en la Escuela de Bellas Artes. Se la debe al buril del español Puig, profesor de dicho instituto, y que tanto empeño toma porque se perfeccione el arte litográfico en Quito. Una mujer entregada á la lectura, será el principal y significativo adorno de ella.

Hoy privan en la Capital los álbums de tarjetas postales; y los pobres poetas y escritores sudan el quilo para sintetizar, ó más

bien dicho, para condensar en un solo pensamiento el mundo de aferto que sienten por las bellas *coleccionistas*.

No luce mucho el artista Pinto, que bien pinta cosas originales, se inspiró en un pasaje religioso y produjo su cuadro sublime, titulado *Dios vivo*. Merceció el primer premio en la última exposición que tuvo lugar en los salones del Teatro Sacre. Este cuadro es de propiedad de la Academia nombrada; y por este motivo no se pudo obsequiar con él al Comisario Regio, Sr. Menéndez; aquello habría constituido un regalo verdaderamente regio. En cambio el artista, se vió en el caso de sacar una copia; mas díganle á Pinto que copie, y no dará pincelada. El cuádrilo que llama copia no es sino variación sobre el mismo tema; y de seguro que el Sr. Vicario de la Arquidiócesis, que la describió encomiásticamente el primero, no le concederá al segundo los subidísimos quilates que encendió en el original. Sea de ello lo que fuere, la reproducción libre del *Dios vivo* será enviada pronto á poder del Excmo. Sr. Menéndez Pidal, quien se mostró complacido, de que siga adelante la tradicional escuela quiteña.

El pintor Salguero, de la familia de los Salas, acaba de componer el retrato del Libertador para el salón de sesiones de la Municipalidad. La pintura representa á Bolívar avejentado como lo vieron nuestros padres al regreso de la campaña del Perú. Los observadores descontentos dicen que el artista ha debido animar ese venerable semblante con rasgos de energía olímpica, para que sea este retrato digno de sustituir al que se colocó en el mismo salón el año 1801. Por lo que merece el Sr. Salguero la gratitud nacional, es precisamente por la patriótica previsión con que ha formado en Europa una hermosa galería de cuadros, que pertenecen á todas las escuelas antiguas y modernas. La colección, pues, trabajada con inteligencia y arte en Italia y Francia, bajo los auspicios del Gobierno del General D. Eloy Alfaro, servirá de base, para los estudios de la escuela de Bellas Artes, si la actual administración, en un momento lucido, seroga el valor de ella, que no es exajerado.

Te ofrecía al principio de esta correspondencia enviarte noticias literarias y políticas, y ya estoy fuera de la cuestión. Qué puedo decirte de política, si ella no entra en el plan de esta revista? Y luego la Magdalena no está para tateajes, ni es apta para poner los puntos en las fos, en tratándose de desandios administrativos, que si los hay, aun cuando en los días que corren el paudero está en buena mano.

Ab! se me olvidaba comunicarte que el Sr. D. Quintiliano Sánchez gestiona activamente, para que el Ejecutivo, representado por el Académico Sr. Baquerizo, le conceda la mitad del valor de la casa en que funcionaban la Biblioteca Nacional y la Academia Ecuatoriana. Se propone el Sr. Sánchez, Director intérito de esta institución, comprar con lo que le proporcione el Gobierno otra casa, donde se constituya independientemente esa Corporación literaria, la primera del país, y, con todo, tan olvidada de nuestros gobernantes. ¡Adiós!

ELISA.

## VARIEDADES

**Cultivo del sentimiento de la belleza.** Hemos estudiado ya los deberes para con nuestra sensibilidad moral; hemos hablado de cada uno de los sentimientos que debemos desarrollar en nuestro corazón y al mismo tiempo de los que debemos combatir ó sofocar, si algún germen comienza á despertarse en él; réstanos únicamente hablar de un último sentimiento que la moral nos manda desarrollar: el sentimiento hacia lo bello ó sentido estético. El cultivo de lo bello le da bondad al alma y dulzura al carácter, como lo vamos á ver en seguida. Este sentimiento se manifiesta en todas las artes, conocidas con el nombre de bellas; sin embargo, citaremos aquí algunos de sus ramos que, como principales ó preferentes, nos impone el deber moral cultivar, y son: la música, el canto, el baile y la poesía, y aun la jardinería misma, que aunque no es una bella arte, el amor á las flores influye de cierta manera sobre el carácter moral del individuo.

He aquí en breves palabras, resumidas por un autor, las excelencias morales de la educación estética, ó sea del cultivo y desarrollo del sentimiento de lo bello: esta educación, no es conveniente, dice, sino necesaria, porque realiza el objeto natural de nuestro sentimiento, que es la belleza bajo todos sus aspectos; cuida, dirige, cultiva y desarrolla la tendencia creadora de nuestra alma; nos habitúa al orden, simetría y armonía; favorece el desarrollo de ciertos órganos de nuestra economía, como sucede con la laringe y pulmones, por medio del canto; es manantial de goces purísimos y dulces recreos: fuente inagotable de placer que eleva nuestro espíritu á las regiones del ideal, del infinito; influye notablemente en la moralidad de nuestros actos; mejora y dulcifica las costumbres; aligera la pereza en nosotros, pues que nos proporciona el cultivo del arte, entretenimientos y distracciones honestas y deliciosas; modifica el carácter, haciéndole más dulce y sensible; contribuye al desarrollo de la inteligencia; contribuye asimismo notablemente al desarrollo y perfección de las industrias; puede, finalmente, servirnos en algunos casos como recurso terapéutico para aliviar ciertas dolencias y aun para curar cierta clase de enfermedades de carácter nervioso.

**La música.** - La música es causa de efectos morales profundos sobre el alma humana. Así lo demuestra la historia. Refiere Plutarco que el músico Antígénidas encandeció de tal manera á Alejandro el Grande, tocando en una flauta un motivo guerrero, que el príncipe abandonó súbitamente la mesa donde comía, para tomar las armas.

El músico Terpaniro, ballándose en Esparta, apaciguó una disputa que iba á terminar cruelmente, con el solo recurso de sus cantos y su lira.

Todo el mundo conoce los prodigiosos efectos del arpa de David en el Rey Saúl.

Refiriéndose Platón á la música, dice de ella lo siguiente: es una ley moral. Da alma al universo, alas al pensamiento, vuelos á la imaginación, encanto á la tristeza, regocijo y vida á todas las cosas. Es la esencia del orden, y eleva hacia todo lo bueno, justo y bello, de lo cual es forma invisible, pero deslumbradora, apasionada, eterna. Y el gran Shakespeare afirma que el hombre que no tiene música en sí mismo, y á quien no le conmueve el acorde de los sonidos armoniosos, es capaz de toda clase de traiciones, de estratagemas y bajezas.

**En la poesía.**—La poesía es en mayor grado que la música fuente de moralidad, y de los más puros goces para el corazón del hombre. Cultivar la poesía es cumplir con un deber moral; es enriquecer el corazón con los más tiernos sentimientos que sólo la poesía es capaz de hacernos sentir con su poderoso y conmovedor lenguaje. Cultivar la poesía no quiere decir hacer versos, en los cuales muchas veces no existe nada de poesía. Tampoco quiere decir concretarse á leer poesías. Es eso y mucho más que eso: se cumple con el deber moral de cultivar la poesía, contemplando la naturaleza: «la dulzura del cielo y del follaje, de la hierba y del agua, la vida alegre é indolente del pájaro, del niño, de los animales: la fogosa explosión de la primavera, la violenta exhuberancia de la vida floral; la radiante expansión de las fuerzas y de la alegría en el niño; el lustre de las hojas verdes, el brillo de las nubes inflamadas y de los bellones rutilantes; el cielo azul, las nubes blancas, el mar centelleante; el rizado lago; los ríos que relucen, las sombras que recorren los matorrales; la luna, las estrellas y la noche.»

Contemplad todas esas cosas de la Naturaleza, y se elevará vuestra alma y os haréis más buenos y mejores.

**El canto.** La música unida á la poesía constituye el CANTO. Hablando del canto, dice un autor: desde las edades más remotas, la canción ha sido la dulce compañera del trabajo. El áspero cantar del barquero flota sobre las aguas, el pastor canta en la colina, la lechera en la lechería, el labrador en los campos. Cada oficio, cada ocupación, cada acto y escena de la vida, tienen desde mucho tiempo acá su particular género de música; desde tiempos inmemoriales, la desposada es conducida al altar, el trabajador va á su obra y el viejo á su eterno descanso, cada cual con la música apropiada al caso.

Cuando el hombre está triste canta, cuando está alegre canta, cuando está inflamado por el santo entusiasmo del patriotismo ú otras nobles pasiones también canta; pero cuando está desesperado, colérico ó es presa su alma de un sentimiento inmoble, entonces no canta, lo cual demuestra que el canto es signo siempre de situaciones bonancibles del espíritu, un rasgo distintivo de momentos de elevación del sentimiento y digna exaltación de nuestro sér.

**El baile.**—El baile es un ejercicio tanto higiénico como estético en el que se mueve el cuerpo al compás de la música, haciendo áriosas mudanzas con orden y escuela.



Algunos moralistas se han atrevido á condenar el baile, presentándolo como peligroso para la juventud de uno y otro sexo. Pero tal afirmación no es cierta. Todas las cosas de la vida y del mundo son peligrosas, sino están encadenadas á la ley moral y á sus eternos y sagrados principios. El simple uso de la palabra, el dón más precioso del hombre, puede ser altamente inmoral si se la emplea para expresar sentimientos bajos, impuros ó vergonzosos. Además, todos los pueblos de la tierra y las sociedades de todos los tiempos han poseído el baile como una diversión culta y digna, y si esta diversión ha sido universalmente admitida durante todos los siglos, es porque en realidad no es en sí inmoral.

El baile fomenta la amistad, y como siempre va acompañado de la música, despierta en el alma todas las dulces emociones que esta última produce. El baile nos proporciona agradables ratos de solaz y de alegría, haciéndonos olvidar por breves momentos los continuos cuidados y sinsabores de que está llena nuestra existencia.

#### EN TU ALBUM

Para que el mundo atónito admirara  
Del sumo bien, la excelsa poesía,  
Dicen que Dios robó la luz al día,  
El aroma á la flor y formó á CLARA.

E. A.



#### NOTAS EDITORIALES

Serriamente preocupados del porvenir y el adelantamiento de la mujer ecuatoriana hemos venido acariciando, desde hace algún tiempo, la idea de fundar una Revista, como un medio para dar á conocer el talento y las dotes de nuestras literatas, y abrir ancho campo á los ensayos de las que, por modestia ó timidez, no han dado hasta ahora á la publicidad sus labores intelectuales.

Muy poco ha mejorado entre nosotros la condición de la mujer, quizá por falta de apoyo moral del sexo fuerte, quizá porque educada en un rutinarismo fatal, rara vez ha osado levantar el vuelo por las vastísimas regiones de la inspiración y el estudio.

No queremos decir con esto que la mujer deje de ser el ángel del hogar como madre y como esposa, no; pero sus atenciones creemos que no deben limitarse únicamente al estrecho círculo de la familia, dotada como está de inteligencia y exquisita sensibilidad que le hacen apta para contribuir con eficiencia al mejoramiento so-

cial. Y de ahí que nosotros hayamos querido ayudarla con el modestísimo óbolo de nuestro entusiasmo para que se ensanche los horizontes de su actividad y coadyuve en la formación é incremento de nuestra naciente literatura.

Si en la mezquina idea de especulación, y guiados sólo por desinteresado patriotismo hemos tomado sobre nosotros esta empresa, no obstante la escasez de nuestras facultades. Nos damos por satisfechos de nuestros esfuerzos, una vez que nuestro llamamiento ha sido debidamente correspondido de parte de las señoras y señoritas que se consagran al cultivo de las letras. Nuestra gratitud y respetuosas consideraciones para ellas.

\* \*

Nos complacemos en enviar nuestro profundo reconocimiento á los órganos de la prensa que, en términos benévolos y entusiastas, se han dignado anunciar la publicación de esta Revista; procuraremos que en la elección de los trabajos que se nos envíen haya pureza de doctrina y elevación de miras, para que «La Mujer» no desdiga de su nombre ni sea nota discordante en el movimiento periodístico del país.

\* \*

El quince de cada mes se publicará «La Mujer», que constará por lo regular de treinta y dos páginas.

Cada ejemplar de la Revista se venderá á cuarenta centavos en las agencias de la Capital y de las provincias. Las personas á quienes enviarnos este primer número serán consideradas como suscriptoras, ya que no es posible que se devuelvan los ejemplares, hoy que se trata de estimular á la mujer ecuatoriana; la suscripción adelantada será la de un suere por trimestre: para el extranjero con el 25 por ciento de recargo.

\* \*

**Para todo lo relativo á esta Revista dirigirse á los Editores, Sres. Emiliano Altamirano, Luis C. Vásconez y Aureliano Silva N., Carrera Loja N. 4, cuadra 3<sup>a</sup>. Apartado N. 203.**

•••••



# LA MUJER

## REVISTA MENSUAL

DE LITERATURA Y  
VARIEDADES

Nº 2

Quito, Mayo de 1905.

### SUMARIO:

24 de Mayo de 1822, por Zoila Ugarte de Landivar.—A Rosita Borja Cordero, por Lastenia Larri-  
va de Llona.—Mayo, por Ana María Albornoz.—  
Los dos, por Mercedes González de Moscoso.—Re-  
cuerdos de Mayo, por María Váscquez.—Quejas del  
corazón, por Lucila Montalvo.—¡Pobre Marta!, por  
María Natalia Vaca.—La caja blanca, por Delia  
C. de González.—Looz y gratitud, por Dolores Ca-  
brera Egas.—Corazón de madre, por Victoria Gu-  
ría.—Sombra y Luz, por Josefina Veintemilla.—  
A la muciposa, por Clorinda M. Chárrbaga.—  
Erebrón, por Zoila Ugarte de Landivar.—Fari-  
des.—Notas.

Imp. de la Sociedad "Gutenberg", por Francisco R. Valdez.